

Michael SEYBOLD, *Fragen in der Kirche und an die Kirche*, Ed. Franz-Sales-Verlag («Fragen der Theologie und Seelsorge», 6), Eichstätt 1988, 203 pp., 12, 5 x 20, 5.

*Preguntas a la Iglesia y en la Iglesia* es el título del sexto volumen de la colección *Extemporalia*, en el cual se recogen las contribuciones de ocho autores, la mayoría de ellos profesores en la Universidad católica de Eichstätt.

Hans Maier trata de los católicos alemanes después del Concilio Vaticano II. El A. ofrece en el primer apartado una mirada retrospectiva sobre lo que ha significado el último Concilio, señalando tres aspectos que sitúa históricamente como tres círculos concéntricos que van ampliándose: el aspecto intraeclesial, el ecuménico y el aspecto misional —apertura al mundo—. En el segundo apartado examina críticamente las reacciones provocadas por el Concilio en el catolicismo alemán, recordando los riesgos de la euforia en la creación de consejos pastorales con una participación indiferenciada entre laicos y clérigos, que tuvo su punto culminante en el intento de crear un Sínodo alemán como organismo estable, compuesto casi a la par por Obispos, laicos, clérigos y religiosos. Según el A., esto «habría podido desembocar en algo parecido al Concilio pastoral holandés, el cual finalmente deterioró la tradición eclesial de tal manera que, hasta hoy, en Holanda no ha podido restaurarse» (p. 25). En el tercer apartado, se pasa a estudiar la situación actual y las perspectivas de futuro. Aquí el A. señala con satisfacción y optimismo la renovada conciencia de la identidad de lo católico y su importancia en una sociedad cada vez más secularizada.

Walter Kasper trata de la Iglesia como misterio y de su autoconciencia. En primer lugar señala que el concepto de misterio se aplica principalmente a Cristo; en efecto, no es una casualidad que la constitución sobre la Iglesia comience así: «Lumen gentium, cum sit Christus». La Iglesia aparece en segundo lugar, como la luna iluminada por el sol —con una imagen tomada de los Padres—, reflejo del misterio de Cristo. Kasper pasa luego a examinar lo que llama «el verdadero problema de la eclesiología católica: la exacta relación entre Cristo y la Iglesia» (p. 40). Se trata de reconocer que Cristo no puede ser entendido aisladamente de su obrar salvífico de la Iglesia; de ahí la importancia del *totus Christus* agustiniano. Afirmar: «Cristo sí, Iglesia no» es, por lo tanto, completamente imposible, ya que implicaría, no sólo un desconocimiento de la Iglesia, sino también del mismo Jesucristo. Frente a esto, y frente a las tendencias opuestas de

los integristas y progresistas, el A. señala la presencia de lo católico individuándola en «la concreción de la plenitud y de la amplitud universal» (p. 43). Es el tema que desarrolla en el siguiente apartado, dedicado a la configuración de la Iglesia expresada con el término «communio». En este contexto, rechaza la interpretación de que los textos conciliares no sean más que el resultado de dos diferentes y opuestas eclesiologías. Aunque es evidente que en aquellos textos se encuentran formulaciones obtenidas como resultado de compromisos y tensiones, se debe afirmar, sin embargo, que ambos aspectos pertenecen a la estructura comunional de la Iglesia y la fundamentan (p. 46). En este sentido, afirma también Kasper: «La actitud antirromana es mortal para la Iglesia Católica, y esto incluso cuando haya circunstancias que puedan provocarlo» (p. 47). El último apartado trata de la unidad y de la diferenciación entre la misión salvífica de la Iglesia y su servicio al mundo. La Iglesia —concluye el A.— tiene que reafirmar su identidad: «Una catolicidad abierta al mundo pero no mundana» (p. 50). En este sentido, el Concilio es un punto de partida y una esperanza que se nos ofrece y que todavía no hemos agotado.

Más brevemente, señalamos los temas de las otras aportaciones para detenernos algo más en la última.

Paul Wehrle se ocupa de «la vivencia de la Iglesia», es decir de las dificultades de los fieles para identificarse con ella. Se trata de un problema especialmente acuciante en Alemania, en razón del número de los que abandonan la Iglesia, y del fenómeno siempre más frecuente de niños no bautizados.

Alfred Glässer estudia el ecumenismo en su realización práctica, y se detiene en los problemas pastorales de los matrimonios mixtos y en los encuentros interconfesionales, en el contexto de grupos y comunidades religiosas.

Peter Krämer se ocupa de los derechos humanos en la Iglesia, señalando cómo el Código de 1983 les dedica una atención mucho mayor que el anterior.

Antonellus Elsässer trata de la Iglesia en cuanto defensora del hombre frente a las nuevas posibilidades de la medicina y de la técnica. Si todos están fácilmente de acuerdo en que al hombre no le está permitido hacer todo lo que técnicamente puede, más difícil es establecer los límites de lo lícito. En su estudio, el A. se apoya especialmente en la instrucción de 1987 sobre el respeto de la vida humana.

Bernhard Sutor se ocupa de la Iglesia como principio vital de la so-

ciudad humana, haciendo una interpretación de este principio a la luz de la continuidad y de la evolución registrada en la doctrina social de la Iglesia Católica. En primer lugar, expone la concepción de Pío XII; luego, la de Gustav Gundlach; y en tercer lugar, la continuidad y las variaciones que se aprecian en el Concilio —especialmente en la constitución *Gaudium et spes*—: llega a la conclusión de que, acerca del principio enunciado, se observa una impresionante continuidad en la doctrina social del Magisterio.

Eugenio Corecco hace objeto de su estudio algunas cuestiones acerca de la Iglesia y sus universidades. En primer lugar, se pregunta qué es una universidad y cuál es su función, evidenciando el hecho de que la universidad no surgió sobre la base de un proyecto de la autoridad, sino que nació espontáneamente del anhelo por conocer la verdad (p. 181). Después de esbozar la génesis y el desarrollo histórico de la institución universitaria, el A. pasa a examinar su crisis actual en el aspecto cultural y educativo (p. 186). La crisis afecta también al ámbito científico, ya que la universidad actual se está transformando cada vez más en un instrumento para la formación de especialistas en aplicaciones y saberes prácticos, sustituyendo así el cultivo de la ciencia por el de la técnica (p. 187). El A. observa también cómo esta crisis encuentra su explicación en las contradicciones del iluminismo, y en su incapacidad congénita de encontrar y promover una verdad objetiva acerca del hombre. Para salir de esta crisis, Corecco advierte, en primer lugar, la necesidad de redescubrir la estructura originaria de la razón, liberándose del error iluminista, que veía en la razón la medida de todas las cosas. La hipótesis fundamental que la Iglesia puede ofrecer a la universidad es Cristo en cuanto *logos*, ya que en Él quiso Dios revelar el hombre al hombre, y aquella verdad que es el objeto de la investigación científica y el fundamento seguro de toda la cultura humana (p. 198).

Se trata, en conclusión, de una obra sugerente, de gran interés y actualidad. A pesar de los numerosos autores que intervienen, el volumen ofrece un rico y bien trabado conjunto de reflexiones acerca de las principales cuestiones que se plantean hoy a la Iglesia y en la Iglesia. Por todo ello no podemos sino felicitar a los colaboradores y a Michael Seybold, editor de una obra que tiene el gran mérito de estimular la reflexión sobre diversos y complejos problemas, ofreciendo valiosos elementos para su solución.

A. CATTANEO